

El Guardián de Senderos

CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ
CARMELO SALMERÓN



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Rafael Salmerón



Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Edición y producción
Equipo Dylar

Fotomecánica
copion

Impresión
Brosmac, S.L.
Dipòsit legal:

ISBN: 978-84-89655-00-3

© Concha López Narváez
y Carmelo Salmerón

© **DYLAR Ediciones**



El **G**uardián *de* **S**enderos

CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ
CARMELO SALMERÓN

 **DYLAR**
ediciones

Concha López Narváez



Concha López Narváez nació en Sevilla. Es licenciada en Historia de América y durante años fue profesora de BUP. Desde que se dedica a la literatura infantil y juvenil ha publicado ya 22 libros, y siempre tiene alguno más entre manos. También es una autora muy premiada: ha conseguido, por ejemplo, el Premio Lazarillo y la Lista de Honor del IBBY. En el año 92 fue elegida como candidata española para el Premio Internacional Andersen.

Carmelo Salmerón

Carmelo está casado con Concha. Nació en Madrid y, aunque es ingeniero de Telecomunicaciones, también sintió el gusanillo de la literatura y ha publicado ya 6 libros en colaboración con su esposa. Además ha sido finalista del premio de la CCEI.

Rellena tu ficha



Los autores de este libro se llaman

.....
.....

¿Cuál de los dos se ha dedicado más a la literatura infantil y juvenil?.....

.....

¿Has leído alguno de sus cuentos? ¿Sabes el título de otro libro que hayan escrito?

.....
.....

Lo que más me llama la atención es

.....



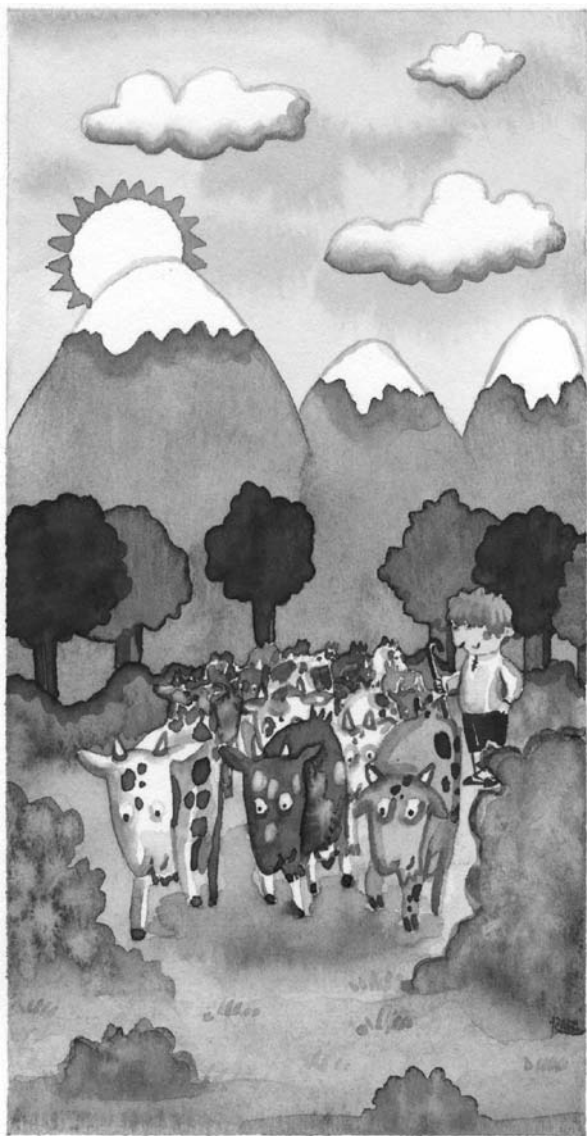
Juan y Piornilla

Estaba el sol cansado de alumbrar tantas horas seguidas y se echó a rodar montaña abajo, con ganas ya de recogerse. A su paso se alargaban las sombras, las flores se cerraban y también se cerraban las alas de las mariposas.

Fue entonces cuando volvió el rebaño de los prados más altos de la sierra a los prados más bajos.

En los prados de arriba pasaba todo el día y en los prados de abajo toda la noche.

Las cabras marchaban de regreso, lenta y tranquilamente, siguiéndose las unas a las otras. De cuando en cuan-



do, se detenían para mordisquear los brotes de un arbusto o alguna hierba apetitosa. Los menudos tintineos de sus campanillas no rompían el sereno silencio de la tarde.

Detrás de ellas, sin perderlas de vista, caminaba el pastor. Todavía era un niño. Tenía once años largos y un nombre corto: Juan.

A un lado y a otro del rebaño marchaban también los dos mastines. Lo mismo que el pastor, no apartaban los ojos de las cabras.

Cuando llegaron a los prados de abajo, el sol se había ocultado y se levantó un vientecillo alegre que soplabá del norte.

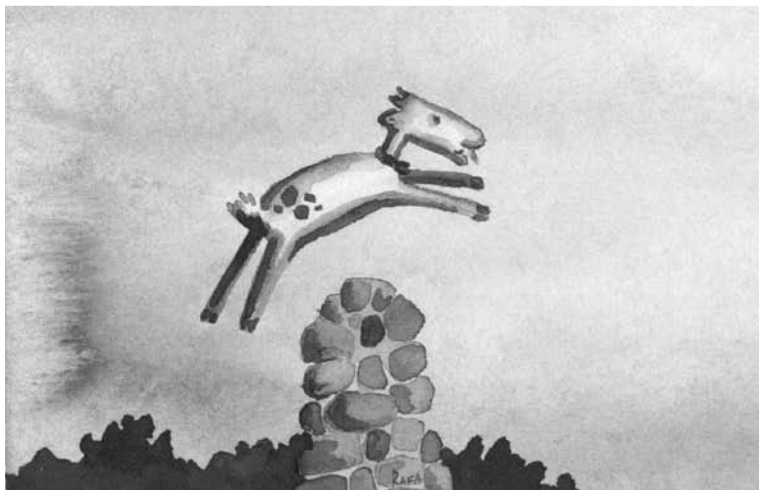
El rebaño entró solo en el cercado que le servía de casa. Juan entró también y cerró la cancela a sus espaldas.

Después comenzó a ordeñar a las cabras. La labor era pesada y dura; pero también era el último trabajo del día, y Juan siempre lo hacía con ánimo.

Cuando al fin terminó, la luna había salido y estaba llena.

Se creía el muchacho que le había llegado la hora del descanso. Pero se equivocó, porque, precisamente entonces, le dio a la Piornilla por escapar y saltó las piedras de la valla.

Piornilla era una cabra joven y brincadora, de piel negra, manchada en blanco, y cuernos pequeñitos. Piornilla era el ojo derecho del pastor. La causa estaba clara: la cabrita era suya. Las demás tenían otro dueño, él sólo las cuidaba.



Cuando escapó la cabra, los mastines ni siquiera ladraron. Estaban como bobos contemplando la luna, y aunque Juan les gritó que la siguieran, no alzaron las orejas. De modo que el pastor saltó la cerca y corrió detrás de Piornilla monte arriba.

La cabra no marchó por senderos; se metió en un jaral, y al pastor —«¡maldita sea!»— se le perdía de vista. La siguió como pudo —«¡tilín, tilán!»— sólo por el sonido.

Pero a la luna se le antojó esconderse entre las nubes y ya no hubo manera



de dar un paso más, las jaras se cerraban alrededor de Juan.

Y la cabra alejándose —«¡tilín, tilán!»— y él sin poder seguirla, y gritándole:

— ¡Maldita sea! ¡Piornilla, vuelve aquí, cabra necia, que vas a extraviarte! ¡Piornilla, que el monte por la noche es peligroso; hay lobos, Piornilla!

Pero la Piornilla —«¡tilín, tilán!»— cada vez más arriba. Un grito entrecortado fue a clavarse en la noche:

—¡Piornillaaa...!

Y a todo esto la luna sin salir.

El pastor no tuvo otro remedio que bajar la montaña a trompicones, tragándose sollozos.

Al llegar al cercado, los perros le movieron el rabo.

—¡Inútiles, gandules! —les gritó.

Una vez en el chozo, dejó la pena suelta:

— ¿Dónde estará esa cabra?... Piornilla, ¿por qué te has ido? ¿Qué te

faltaba aquí?... Y ahora, tú solita en el monte... Ojalá no te topes con lobos, ojalá no encuentres un barranco en tu camino...

Juan no pudo pegar ojo aquella noche. Aunque él no tenía familia ni más casa que el chozo, nunca se sintió desgraciado ni solo, y, sin embargo, ahora la soledad se le caía encima.

La luna no salió hasta la madrugada. El muchacho la miró con rencor:

«¡A buenas horas...!»

Pero asomando el sol, se oyó un «¡tilín, tilán!» montaña abajo. Juan comenzó a correr montaña arriba.

— ¡Piornillaaa...!

La cabra llegaba tan contenta, sin una sola herida.

El pastor le acarició la frente, la besó entre los cuernos...

— ¿Pero dónde has estado, descastada? ¿Y qué has comido tú, que vuelves todavía más guapa? ¿Hierbas de luna llena? ¿Hierbas llenas de luna?

